



LOS ORÍGENES DE GIJÓN



CARMEN FERNANDEZ OCHOA
JOSE LUIS MAYA
FRANCISCO CUESTA
LAURO OLMO

edición de
MANUEL
FERNANDEZ
MIRANDA



Diseño:
Jorge Fernández León

Edita:
Ilustre Ayuntamiento de Gijón

Fotomecánica:
Fotomecánica Asturiana, S.C.L.

Imprime:
Gráficas Summa, S. A.

ISBN: 84-606-0930-8

Depósito legal: AS. 1.992-1992

Indice

PRESENTACION	7
INTRODUCCION	11
CAPITULO I	
Los orígenes de Gijón	15
CAPITULO II	
El castro de la Campa Torres	37
CAPITULO III	
La muralla romana de Cimadevilla	53
CAPITULO IV	
La villa romana y medieval del Torrexón de Veranes ...	73
BIBLIOGRAFIA BASICA	89

Capítulo II

El castro de la Campa Torres

José Luis Maya
Francisco Cuesta



Un somero conocimiento del cabo Torres resulta imprescindible para poder valorar su importancia en el contexto de la Asturias prerromana.

Se trata de una península cortada a pico 100 m. sobre el nivel del mar, con fáciles fondeaderos laterales y amplio control visual sobre la costa del centro de Asturias, desde la Punta de Luanco hasta la Providencia. Su único acceso posible es el istmo meridional, que enlaza con tierra firme y que fue objeto de defensas artificiales, favorecidas por el hecho de que es en esa zona donde se da la mayor altura (cota de 122 m.), diecisiete metros más elevada que la campa interior.

Desde el punto de vista histórico, la Campa Torres se liga casi siempre a la historia militar de Asturias. Desde la ocupación romana, a raíz de las Guerras Cántabras, se vincula, sin duda, al control del centro de la región por los invasores romanos; y más tarde conoceremos la existencia de un puesto de vigilancia en 1635; el proyecto de alzar una batería en 1928; los asentamientos de artillería de costa de 1936 y la guarnición existente hasta hace escasos años. El control marítimo y la protección de las propias embarcaciones eran vitales y la existencia de una de las vías romanas más importantes de la región, que probablemente llegaba hasta el propio yacimiento, era otro factor digno de tener en cuenta.

Tras la zona de defensas, el poblado está asentado en el llano interior, de unos 500 m. de longitud por unos 200 m. de anchura. El asentamiento es el más lógico, dada la dura climatología que hace inviable una ocupación continuada de la zona alta, a lo que se suma la existencia de manantiales subte-

rãneos, que facilitaban el siempre problemático asunto del abastecimiento de agua.

Las excavaciones

Hace ya doce años que comenzaron las excavaciones en el castro de la Campa Torres, en un contexto de absoluta provisionalidad, sin grandes perspectivas de que la labor iniciada tuviese posibilidades de ser continuada y con la clara idea, inculcada inicialmente por J. M. González y pronto corroborada por nosotros mismos, de encontramos ante un yacimiento excepcional con grandes posibilidades arqueológicas, que luego fueron convirtiéndose simultáneamente en didácticas, gracias al Proyecto Gijón. Desde entonces se han llevado a cabo nueve campañas de excavaciones arqueológicas en lo que suponíamos, gracias a los hallazgos superficiales, un castro romanizado en el que se había encontrado la famosa lápida dedicada a Augusto y en el que algunos autores situaban el famoso *oppidum* de Noega.

El castro astur

Los primeros sondeos estratigráficos resultaron confusos y equívocos a la hora de verificar el origen de la Campa Torres. Quedaba claramente demostrada la existencia de un poblado romanizado, aparentemente de nueva planta y con unas construcciones que, aunque conservaban algunos rasgos en la tradición indígena, respondían indudablemente a una arquitectura de clara inspiración latina. Sin embargo, bajo los cimientos de tales edificios aparecían unas bolsadas que pronto fueron identificadas como restos de hornillos o cubetas de fundición metálica, cuyo material hecho a mano y con pocos y superficiales restos de cerámica clásica, sugería un nivel indígena que no podía ser seguido uniformemente fuera de aquellas perforaciones, como si una eliminación sistemática o un destino exclusivamente de taller especializado, sin ocupación habitacional, marcara la realidad del lugar.

Era obvio que no parecía tener lógica la práctica de tareas metalúrgicas en un lugar aislado y alejado del poblado de los fundidores, y menos cuando, mezclados en el interior de los hornos de fundición, aparecían restos de cerámicas sobrepasadas de cocción, huesos de animales teñidos en verde por las sales de cobre y otros elementos denotadores de una cercana o inmediata ocupación doméstica del espacio circundante. Con todo, la duda persistió hasta que pudimos documentar





Castro de Campa Torres. Detalle de la muralla donde se puede apreciar la unión de dos módulos constructivos. Delante de la muralla se observan en el suelo grandes manchas negras, huellas del incendio previo al levantamiento del conjunto defensivo.

estratigráficamente en la muralla la existencia de un nivel prerromano, sin ninguna muestra de contaminación.

Fue la muralla indudablemente la que nos permitió fijar sin ninguna duda el carácter de la primitiva ocupación de la Campa Torres, que intuíamos previamente por los citados hornos de fundición y por el hallazgo de materiales clásicos anteriores a la conquista romana: diversos fragmentos de cerámicas campanienses regionales o de imitación y un borde de ánfora romana de tipo greco-italico, que constituía un documento excepcional por su cronología de mediados del II a.C. y por su aparición en el norte de la península, tan aparentemente alejada de las rutas comerciales mediterráneas en las que este tipo es frecuente.

La muralla, tenida por romana en nuestras primeras campañas en base a los hallazgos del interior del poblado, fue excavada por su zona interna de manera sistemática a partir de 1987, y ello trajo consigo la verificación de un nivel, adosado a ella y con cerámicas hechas a mano, que permitía fijar su fecha sin lugar a duda en época prerromana. No dejaba ver restos de viviendas, pero sí el depósito de los objetos sobre un suelo artificial, conformado con gravas y bloques de piedra adosados a la cara interna de la muralla, restándole altura pero dotándola de una mayor solidez ante el derrumbe.

a) La muralla y su foso

Hoy podemos fijar con toda claridad la cronología indígena de la mayor parte del recinto defensivo y de la totalidad de los trabajos metalúrgicos, así como de algunos hallazgos sueltos. Esta fecha se sitúa al menos en los siglos III-I a.C. y por la tipología de sus materiales quizás pudiese retrotraerse como mínimo en uno o dos siglos más, lo que esperamos sea determinado próximamente con los resultados de las dataciones radiocarbónicas, a partir de troncos de árboles incendiados siglos antes de la construcción del poblado.

El castro quizás iniciaba sus límites con un hipotético foso hoy parcialmente difuminado por alteraciones modernas, a juzgar por las fotografías aéreas en las que se aprecia un surco que corta el istmo del Cabo Torres. Detrás, existía ya un claro y enorme foso tallado en V en la cuarcita armoricana de base, que aumentaba su anchura hasta los 15 m. en la zona oriental, donde las incurvaciones del terreno permitían menor control visual. Desde allí iba girando hacia el NO, y disminuyendo de tamaño a medida que se aproximaba al gran bastión que protegía la puerta.

Como complemento a esta línea defensiva, gran parte de la tierra extraída en la zona más oriental se depositó en un montón al borde de su cara interna, aumentando el desnivel de la zanja en forma de terraplén, que estaba ceñido por la cara opuesta mediante una media muralla que lo abrazaba, a la vez que se apoyaba en su masa, formando un muro de módulos de cuarcita, de 3 m. de anchura y una importante altura, garantizada por el hallazgo de catorce escalones encastrados en la pared y que permitían el acceso a su parte alta, donde un parapeto protegía a los defensores. Aunque pensamos inicialmente que el resto del contorno del foso habría perdido su parapeto a causa de las remodelaciones ejecutadas por los militares contemporáneos, que habían encajado un depósito de agua en el final de lo conservado, la verdad es que pudimos comprobar que su fin coincide con el originario, ya que sus estructuras fueron apoyándose progresivamente en la tierra extraída del foso hasta hacer disminuir y desaparecer sucesivamente el contrafoso. Tal hecho debió tener un sentido funcional, puesto que la incurvación del istmo a partir del centro convertía en parcialmente invisible desde la muralla todo este sector. El contrafoso no proporcionó materiales arqueológicos que permitieran su fechación, pero por su tipología no deja lugar a dudas sobre su atribución indígena.

Tras una explanada en ascensión progresiva, con distancias menores a los 50 m. desde el foso, aparecía el gran lienzo defensivo. Esta muralla, que seguía un trazado paralelo al foso, aislando la Campa, estaba situada en la ladera meridional de la cumbre del cabo Torres. Su estructura fundamental estaba constituida por un frente alargado, con paramentos a base de bloques de cuarcita de rotura natural recta, sin trabajo intencionado o, a lo sumo, con una talla centrípeta aplicada al contorno para regularizar sus formas asentada a hueso. Los lienzos no sólo se extendían por las dos fachadas, sino que envolvían el relleno interior, formando unidades coherentes, sin rupturas, que hemos denominado módulos. Estos grandes módulos oblongos, de esquinas redondeadas, paredes yuxtapuestas unas a otras pero independientes entre sí y casi 7 m. de anchura, se levantaban mediante un método elemental pero eficaz: tirar hiladas horizontales de dos sillarejos entre los que se intercalaba periódicamente un gran bloque de igual altura que los dos anteriores juntos, con lo que se apreciaban sucesivas franjas. Previamente se había producido una deforestación del terreno, manifiesta en un gran incendio, a veces



Castro de Campa Torres. Vista del muro del contrafoso y el foso que se excavó delante de la muralla astur.

de una potencia superior en algunos casos al metro y visible delante, debajo y detrás de la muralla.

El lienzo frontal estaba constituido, al menos en lo que conocemos, por dos módulos adosados, el más oriental de ellos con una rectificación en la orientación y con un módulo antepuesto en su extremo este, a manera de barbacana o bastión avanzado sobre la explanada. A su vez, el módulo occidental concluía con otro adosamiento, esta vez el de un módulo transversal, que a su vez contactaba en un ángulo SO con un inmenso bastión de casi 10 m. de grosor por una longitud que originariamente debía alcanzar los 27 m., al cual se accedía por una escalera interior de piedra. Lamentablemente fue cortado a la mitad por un refugio antiaéreo construido durante la guerra civil, por lo que ha debido ser restaurado en buena parte a partir de lo conservado.



Campa Torres. Vivienda romana.

Adosado a su extremo occidental surgía un nuevo muro de características totalmente distintas: pequeños bloques calizos, de aspecto exterior blanco o amarillento, blandos y perfectamente tallados mediante talla centrípeta, que parecen corresponder a una restauración o una nueva fase constructiva, quizás romana. En estos momentos no ha sido excavada en su totalidad y esperamos poder aclarar su problema cronológico en posteriores campañas.

Descrito el sistema defensivo, cuyos paralelos más claros se encuentran en castros asturianos como San Chuis de Allande o el Castillo Veneiro de Tineo, resulta más difícil definir las viviendas en que habitaron los indígenas, puesto que al amparo de la muralla no hemos conseguido identificar plantas de cabañas, aunque hay numerosos materiales que testimonian la ocupación prerromana: cerámicas, huesos de diversos animales, objetos de adorno y útiles en bronce y hierro, cuentas de pasta vítrea e incluso crisoles de fundición que nos informan sobre la realización de tareas metalúrgicas en este sector.

b) Los hornillos de fundición

Ya en la llanada interior o «campa», el panorama era completamente diferente. Fue esta zona la primera excavada y en la que la posibilidad de encontrar niveles prerromanos era más dudosa por diversas razones.

En primer lugar, tanto las casas como las técnicas constructivas y la cerámica denotaban encontrarnos ante un momento de ocupación romano que, a veces se asentaba directamente sobre suelo virgen y a veces presentaba cerámicas de tipo in-

dígena. Sin embargo, estas piezas, con ser sospechosas, no garantizaban una ocupación prerromana, ya que es conocida la persistencia del material indígena en momentos posteriores a la conquista. Además, resultaba claro que la urbanización de la península llevada a cabo por los romanos había actuado como elemento distorsionante sobre el suelo de la campa, borrando los posibles testimonios anteriores.

A pesar de estos inconvenientes, afortunadamente la nivelación romana no fue total y, aunque arrasó en su mayoría los testimonios de habitación más antiguos, no profundizó lo suficiente como para destruir los restos de los trabajos de fundición, que se salvaron por estar excavados en la arcilla de base del yacimiento y, por tanto, semisubterráneos y a un nivel inferior de las supuestas viviendas. Igualmente, embutidos en el suelo de las casas romanas abundaban mayoritariamente los objetos astures, muestra de la existencia del nivel primitivo de habitación.

Los lugares de fundición estaban representados por excavaciones circulares en el suelo arcilloso, a manera de hornos o mejor hornillos, entendiéndose por tales lugares en los que se trataban o aleaban minerales de cobre y estaño procedentes de otros lugares, por lo que llegaban a la Campa Torres para ser convertidos allí en piezas ornamentales concretas.

En general, eran excavaciones semiesféricas en el suelo, recubiertas por una bóveda de arcilla y piedras, en cuyo fondo se depositaban capas de carbón vegetal y pequeños crisoles de arcilla finísima con el metal o metales a fundir. Después se prendía fuego al combustible, activándose la temperatura mediante la inyección de aire con un fuelle provisto de una tobera, de la que se ha encontrado un supuesto ejemplar en una zona metalúrgica del interior de la muralla. Los crisoles son de escaso contenido y debían fundir bronce destinado a objetos de adorno: fibulas, enganches, cuentas metálicas, etc.

Significativamente, en los cinco hornillos excavados se encontraron raras cerámicas romanas, entre ellas un fragmento de ánfora situado en la parte superior del hornillo 3. Esto a pesar de que tales excavaciones eran usadas como vertedero y quemadero de basuras en los momentos de inactividad metalúrgica, por lo que aparecía alfarería indígena, desechos alimenticios e incluso piezas metálicas, todos ellos con claros síntomas de haber sido afectados por el fuego: cerámicas sobrepasadas en exceso de cocción, huesos teñidos de verde por contaminación con el cobre, etc.



Campa Torres. Pozo romano para obtener agua con acceso a través de una escalera construida con pedruzcos de piedra.

Queda, por tanto, la incógnita de si este sector constituía simplemente un área metalúrgica especializada del poblado o si tales trabajos se combinaban con el lugar de habitación. Por el momento es preciso ser cautos a este respecto, aunque el hecho de que se quemasen las basuras en los hornos y la aparición de trozos de arcilla con improntas vegetales, como las características de manteados de barro, sugieren un destino mixto del sector y posibles construcciones ligeras, que serían arrasadas por los romanos en el momento de su urbanización. A pesar de que pueda resultar peligrosa la combinación de hornos con viviendas, la realidad es que la envergadura del quehacer metalúrgico fue tal, que desde la muralla a ambos extremos de los sectores excavados, en una línea de 100 m., hay testimonios de fundición de bronce, con crisoles, restos de estructuras de hornillos, etc.

La cronología prerromana del primer asentamiento iba avallada igualmente por el hallazgo, mezclado con otros materiales romanos más modernos, de cerámicas campanienses (II-I a.C.), y de parte de la boca de un ánfora greco-italica, producción muy difundida por el Mediterráneo durante el siglo II a.C. pero absolutamente excepcional en la costa cantábrica.

c) Objetos hallados de época prerromana

Donde mejor definido está el material indígena es en la parte posterior de la muralla, en la cual contamos con varios miles de fragmentos cerámicos, frente a una veintena de piezas romanas.

Las cerámicas prerromanas están fabricadas exclusivamente a mano, siendo en su mayoría de cocción reductora, que proporciona superficies oscuras, negras o acastañadas, y con exteriores bruñidos hasta alcanzar una gran calidad. Buena parte de ellas son lisas y carentes de ornamentación, aunque en otras hay decoraciones variadas, pudiendo diferenciarse dos tradiciones distintas.

Una parte de ellas entra dentro de la tradición de Campos de Urnas, en un momento tardío en el que ya se han perdido los tradicionales temas acanalados y el recuerdo de los viejos prototipos se refleja exclusivamente en las formas, en el bruñido o incluso en la posesión de pies anulares diferenciados. Sus paralelos, por tanto, no hay que buscarlos ya en Cataluña o Aragón, sino en la parte oriental del Valle del Ebro y, sobre todo, en las culturas que, siguiendo tradiciones parcialmente aún de Campos de Urnas, se asientan ya en la Meseta Norte,



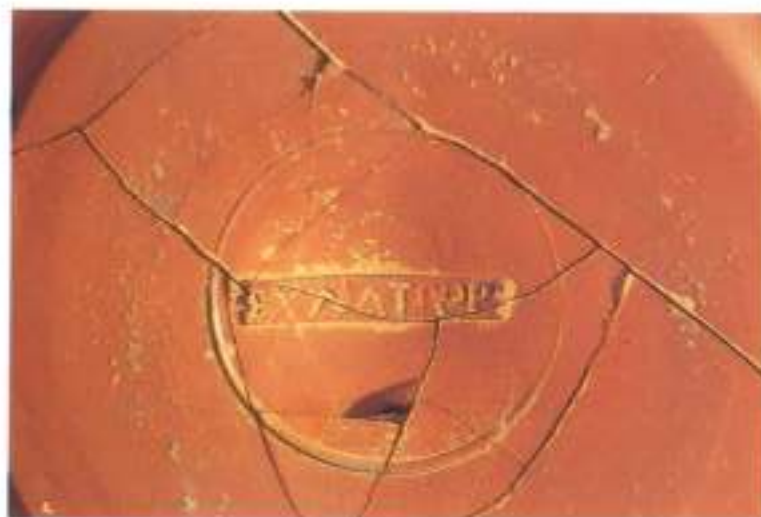
1



2



3



4

1. Campa Torres. Crisol de fundición.
2. Fibula o prendedor para sujetar la ropa.
3. Tubito fabricado a partir de una fina lámina de oro.
4. Detalle de una cerámica romana con marca de alfarero tipo sigillata hispánica, forma drag. 15/17.

bien en lo que se conoce como Cultura Castreña Soriana, bien en el círculo de Soto de Medinilla, en el valle del Duero.

Existen otras formas que nos relacionan, en principio, hacia Galicia, como las cerámicas estampilladas con círculos concéntricos o espinas de pescado; las decoradas con temas de líneas bruñidas o las que llevan abultamientos exteriores imitando clavos. La pertenencia de las primeras a uno u otro círculo cultural ha sido muy discutida y mal aclarada, mientras que los temas con líneas bruñidas, a pesar de ser muy corrientes durante la cultura castreña romanizada, tienen su precedente en el momento anterior, como ocurre aquí mismo. La cerámica con imitación de clavos metálicos es bien conocida en todo el ámbito del Noroeste y, sin ir más lejos, con la misma tipología que en la Campa se encuentra también en Coaña, aunque en el caso gijonés la superficie haya sido completamente pintada de rojo.

Casi tan importante como la cerámica es el material metálico, especialmente bien conservado en la muralla gracias a las especiales circunstancias de drenaje del suelo. Las piezas de bronce son abundantes, variadas tipológicamente y con rica decoración: broches simétricos y de la Tène I, enganches laciformes, una peineta de bronce estampillada, anzuelos, enganches de tahalí que nos remiten a Miraveche -Monte Bernorio, etc.

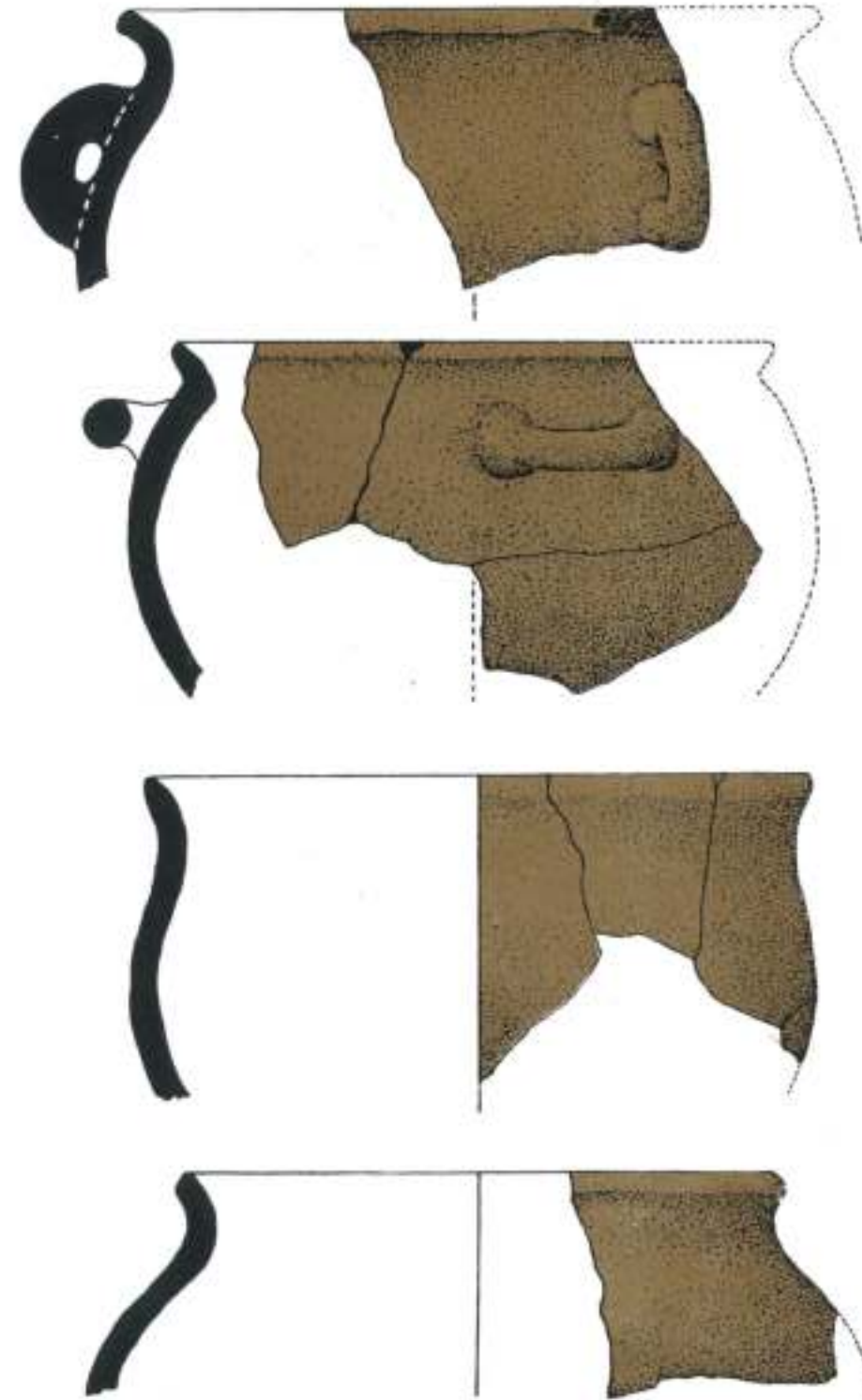
En los hornos de fundición y supuesta zona de hábitat contamos con una versión más limitada del repertorio de la muralla, aparentemente ya con una cronología más avanzada (siglos II-I a.C.) de acuerdo con el barniz negro y el ánfora greco-italica ya mencionados.

El castro romanizado

La ocupación romana trae consigo importantes cambios en la configuración urbana de la Campa Torres, que adquiere ahora un peculiar aspecto de castro romanizado durante el Alto Imperio.

a) Las viviendas

En primer lugar, respecto al sistema defensivo no tenemos pruebas de que haya sufrido embates por parte de los conquistadores, al menos en lo hasta ahora excavado, pues es cierto que en su zona más occidental hay pruebas de un re-



Campa Torres. Recipientes cerámicos indígenas hallados en las excavaciones.



Castro de Campa Torres. Vista general del poblado desde la zona de la muralla.

planteamiento en base a haber adosado un muro de pequeños sillares calizos, tallados centripetamente a piqueta. De cualquier modo, la muralla pierde importancia desde el punto de vista militar y defensivo, ya que en su entorno es muy escaso el material romano, frente a los numerosos objetos indígenas que demuestran un uso continuado en la etapa anterior.

Donde se observan cambios fundamentales es en la campa o llanura interior, donde se eliminan los testimonios del anterior asentamiento y se edifica en piedra y siguiendo criterios romanos, aunque a veces con mezcla de tradiciones indígenas. No sabemos el momento exacto en que se produce esa transformación, ya que el material aparecido en el interior de las viviendas es siempre escaso, pero no hay que olvidar que ya entre los años 9-10 d.C. se había erigido en el cabo un monumento dedicado a Augusto y que ello debió ejecutarse en un contexto romanizado, en el que se pudiese proteger y cuidar las aras allí expuestas.

Tan temprana romanización, sin paralelos hasta la fecha en otros castros asturianos, está corroborada por el hallazgo relativamente abundante de cerámicas procedentes de Italia, denominadas *Terra sigillata itálica*, cuya cronología concreta nos sitúa aquí entre el año 10 a.C. y el 30 de la era.

Ahora se realiza una planificación totalmente nueva, se construye en cuarcita trabada con barro (hay que suponer que los astures lo hacían en ramaje) con casas angulares, de varias habitaciones y con estructuras concéntricas. Los pavimentos son de arcilla con pequeños cantos rodados, las techumbres en teja plana («tégula») eran realizadas en serie por el alfarero Licinio, que estampó su nombre sobre su superficie, y el imprescindible abastecimiento de agua que toda ciudad requiere se conseguía mediante la excavación de pozos que alcanzaban las capas freáticas del subsuelo, pues se han encontrado 2 de ellos, llegando incluso a crear galerías semi-subterráneas de acceso con escaleras en piedra.

b) Objetos hallados de época romana

Frente a las lógicas pervivencias del material indígena que aparecen, ya sea a causa de su remoción a partir de los estratos antiguos, o por seguir siendo un envase barato y fácil de fabricar, abunda ahora la cerámica romana. A las sigillatas itálicas, que marcan la aparición de los romanos en el país, seguirán las sigillatas gálicas de los talleres franceses, como

Montans, H. con la marca de COSIUS y a partir de mediados del I d.C. las sigillatas hispánicas, en especial de los siglos I-II d.C. Excepcionalmente encontramos algunas hispánicas tardías (forma Drag. 37) que sugieren que el asentamiento seguía ocupado, aunque sólo fuese escasamente, durante el Bajo Imperio.

Junto a estas cerámicas más cuidadas se encontraban también vasitos de paredes finas, muy probablemente traídos de los alfares del Valle del Ebro, algunas ánforas que manifestaban la importación de productos como el vino y aceite, deficitarios tradicionalmente en el Norte y cerámicas de las conocidas con el nombre de barniz rojo pompeyano, por el engobe que recubría total o parcialmente su superficie.

El material metálico también sufrió transformaciones y aunque aún se descubren algunas fibulas indígenas en los niveles de estos momentos encontramos también los típicamente romanos, al igual que anillos o monedas de Tiberio y Vespasiano.

Evolución histórica del castro de la Campa Torres

A la hora de hacer un breve resumen sobre el desarrollo histórico del castro, hay que dejar constancia de que quedan aún por aclarar muchos aspectos, y que incluso algunos de los aquí planteados pueden verse alterados como consecuencia de los trabajos en curso. Pero ello no impide cumplir con el ineludible deber de intentar sintetizar los principales rasgos del decurso protohistórico de la Campa Torres.

En espera de los resultados de ciertas dataciones absolutas mediante métodos químicos-físicos podemos suponer, gracias a las cerámicas romanas anteriores a la conquista, que el castro estaba edificado al menos ya en el siglo II a.C. con sus fortificaciones esenciales y un núcleo urbano y metalúrgico de gran importancia.

Las viviendas posiblemente eran chozas o cabañas que dejan poco rastro arqueológico en un terreno lluvioso y ácido como el de la campa, pero en cambio los hornillos con sus crisoles, toberas, lágrimas de fundición, masas de combustible para producir la fusión y piezas en bronce demuestran una industria de transformación floreciente, en la que el mineral, mezclado en las proporciones adecuadas, era licuado y moldeado para crear broches, colgantes, hebillas de cinturón, etc.



Castro de Campa Torres. Estructura circular de época romana.

La situación estratégica del yacimiento de cara al comercio marítimo y como enlace con las tierras del interior permitiría la exportación de estos productos. El comercio del metal y su contrapartida visible en cerámicas venidas desde Italia y ánforas denotadoras de otros productos (¿vino?), tuvo que hacer familiar este núcleo costero a los romanos con los que se debió practicar el intercambio. Su posición estratégica y el trato amistoso pudieron ser dos factores determinantes durante las Guerras Cántabras, cuando fueron necesarios puntos de desembarco para las actuaciones de la escuadra durante el 26 a.C., puesto que hasta la fecha no hemos podido determinar un fin violento del poblado indígena. Creemos que aquí hay que ver la subsiguiente etapa del castro en que aparecen objetos romanos de antigüedad equivalente, inexistente en el resto de los castros conocidos en Asturias.

La Campa Torres constituiría un enclave fundamental en una etapa en la que el ejército debía ser aprovisionado y los pasos de la cordillera eran inseguros y peligrosos. Cubría la ruta costera y se situaba en la desembocadura de la ría de Aboño, cuya prolongación pronto fue trazada mediante una vía romana que enlazaba con los pasos centrales de la región. Su importancia llegó a alcanzar un nivel simbólico en uno de los finisterres de la conquista, señalándose con el levantamiento de un monumento a Augusto en el año 9/10 d.C. del que pervive hoy en día la lápida del Cabo Torres.

La paz trajo, de todos modos, el inicio de la crisis. El lugar era de impresionante defensa y de amplio control visual, pero también de duras condiciones climatológicas y menos accesible desde las explotaciones agrícolas que se iban creando por el llano de Gijón. A la larga, la decadencia y el trasvase de población hacia el nuevo núcleo urbano de Cimadevilla se hizo cada vez más patente y, avanzado el siglo II d.C., el estado de semiabandono hizo que el material arqueológico se rarificase, por lo que sólo algunas viviendas tardías parecen demostrar una limitada pervivencia en los inicios del Bajo Imperio, que debió ir rarificándose hasta desaparecer por esas fechas.

La historia había condenado a la extinción al antes importante yacimiento.